



los signos, faltándonos el medio de distinguirlos de la cosa significada (2).

Su tratado *De las cosas invisibles* refuta á aquellos que rechazan el cristianismo porque impone creencias que no caen bajo el dominio de los sentidos, y demuestra que si no se tiene fe en las cosas que no pueden ver los ojos, falta todo fundamento á la sociedad civil; si bien despues dice que nuestras creencias se apoyan tambien en pruebas sensibles, como el cumplimiento de las profecias, y principalmente el gran cambio que obró en el mundo el Crucificado.

Hizo tambien una guerra activa á la astrología, tan difundida entónces, y demostró qué diversa suerte corren algunas veces dos gemelos que han nacido en la misma conjuncion de los astros, y cuán absurdo es admitir una determinacion prévia del destino y modificarla despues, escogiendo posiciones favorables de los planetas para principiar una empresa.

Pareciéndole poco rectas ó poco claras algunas de las opiniones que habia omitido, pensó corregirlas ó aclararlas en su vejez con las *Retracciones*, repasando noventa y tres obras suyas, que forman doscientos cincuenta y dos volúmenes. Su biógrafo Posidio, enumerando tambien sus homilias y sus cartas, cuenta mil y treinta obras suyas, y sin embargo, no cree que las haya citado todas. Poniendo á un lado las que son repeticiones ó combaten errores aislados, nos quedan unas doce, que ocupan un lugar entre lo más importante que produjo la Iglesia occidental.

En cuanto á la política, al dicho de San Pablo: «No hay potestad que no haya sido establecida por Dios; añadia San Agustin: ú ordenada ó permitida.» Las primeras luces del cristianismo no fueron suficientes para desengañar á la generalidad de la máxima, indudable entónces; quedaba al soberano el derecho de vida y muerte; tanto, que San Agustin dice, que el soldado que no hiere cuando el príncipe legítimo se lo manda, es reo, como el

(2) La mente «servat aliquid quod libere de specie imaginum (de las cosas corpóreas) judicet, et hoc est magis mens, idest rationalis intelligentia, que servatur ut judicet.» *De Trin.*, IX, 5.

que mata sin orden alguna (1); no llegando aún á la clara idea de un nuevo derecho público que estableceria la conveniente separacion entre dos cosas distintas, la fuerza y el derecho de juzgar la terrible necesidad de la guerra, encuentra disculpa en San Agustin cuando se hace para rechazar una injuria, para vengar una injusticia hecha á los súbditos, ó para oponerse á ambiciosos vecinos; pero añade, que pueden hacerla injusta lo malo de la causa, la violencia de los medios, el abuso de la victoria, el encarnizamiento contra el enemigo, la crueldad de la venganza, la turbacion de la paz, la ambicion de conquistas, y el permitir violencias que pudieran impedirse (2).

En su respuesta á Marcelino, habia tratado tambien de cómo se armoniza la religion con la política, lo cual parecia imposible á los paganos, atendidos los preceptos de volver bien por mal, y de presentar la mejilla izquierda al que hiriese la derecha; preceptos que en su entender prohibian recuperar los bienes quitados por un enemigo, ó rechazar á los bárbaros que devastaban el imperio. San Agustin responde, que nada es más propio para conservar la concordia que la clemencia y el perdon de las injurias; pues más fácilmente se mantiene el orden entre las personas á quienes se corrige con la paciencia y la dulzura, que entre aquellas que han sido sometidas á viva fuerza. El precepto que nos dice que presentemos la otra mejilla, no debe entenderse, segun San Agustin, al pié de la letra, hasta el punto de practicarlo materialmente, sino en cuanto á la disposicion del corazon. Ni prohíbe tampoco castigar á los malvados para mejorarles aún á pesar suyo, ó sujetarlos con la guerra; la cual dice que no sólo no está prohibida en el Evangelio, sino que en él se prescriben los deberes de los soldados (3). Cumplan éstos con ellos, añade; sean como quiere el cristianismo los pueblos y los magistrados, los señores y los

(1) *De Civ. Dei*, I, 20. Véase de Maistre, *De papa*, IV, 4.

(2) Refut. de Fausto Maniqueo.

(3) San Lucas, III, 14.



esclavos, los reyes, jueces y arrendatarios, los maridos y sus mujeres, los padres y los hijos, y véase despues si el Estado pierde ó gana con esto. El imputar á los príncipes cristianos la decadencia de la república, es una locura, porque, por testimonio de los mismos gentiles, sabemos que hacia mucho tiempo la tenian destruida los vicios públicos y privados (1).

Cuando Roma fué tomada por Alarico, elevóse en todo el mundo cristiano una voz, diciendo que se habia vengado con esto la sangre de tantos mártires, y en muchos discursos del mismo San Agustin, se trasluce una especie de alegría por esta gran justicia. Pero los defensores del antiguo culto interpretaban aquel desastre como un castigo de los dioses abandonados, é imputaban á los cristianos la ruina del imperio.

Contra éstos escribió San Agustin una obra histórica y filosófica titulada *La Ciudad de Dios*; curioso monumento de genio y de erudicion, en que se propone demostrar, que en el paganismo se habian trastornado las ideas de virtud y de gloria, y busca en él la verdadera causa de la ruina, poniendo una enfrente de otra, las dos civilizaciones que se combatian; pronunciando la sentencia de muerte de una con una conviccion desconocida hasta entónces en la historia, y cantando el triunfo de la otra, que viene peregrinando desde Abel entre las persecuciones del mundo y los auxilios de Dios.

Principió esta obra el año 411, y la publicó en veintidos libros sucesivos hasta el 427. Los diez primeros se dirigen á refutar á los paganos. Cinco de ellos arguyen contra los que creian que era necesario el culto de los dioses á la prosperidad temporal de este mundo, y presentan los ejemplos del saqueo de Troya en que fué degollado Priamo en el altar de los dioses, y el templo de Juno destinado para colocar los despojos y encerrar los prisioneros; de la caida del imperio de Nino y del hundimiento del de los griegos cuando nadie atentaba contra el culto de los dioses. Los cinco libros siguientes refutan á los que creian que debia servirse á los dioses para obtener la felici-

(1) *Ep.* 142.

dad en la otra vida. Los doce últimos demuestran el origen de las dos ciudades, es decir, la Iglesia y la sociedad del siglo, sus progresos y su diferente fin. Dos ciudades hay, dice: una de los hombres, que tiene por cabeza á Cain; la otra de Dios, incorruptible y pura, cuyo primer ciudadano fué Abel. «La primera está fundada en el amor de sí mismo, llevado hasta el desprecio de Dios; la segunda, en el amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí mismo; la una se glorifica en sí, la otra en el Señor; la una busca la gloria de los hombres; la otra no quiere más gloria que el testimonio de la conciencia; la una camina soberbia y erguida, la otra dice á Dios: *Tú eres mi gloria*; en la una son arrastrados los príncipes por la pasion de enseñorearse de sus súbditos; en la otra los príncipes y los súbditos se ayudan mutuamente; aquéllos gobernando bien, y éstos obedeciendo.»

El que no se asuste de aquellas continuas antítesis y de aquel estilo de oropel, el que no se canse de las particularidades á que descende al determinar el fin de las ciudades, queriendo aplicarles palabra por palabra la Apocalipsis, sin que falten nunca ni imaginacion para usar el lenguaje misterioso, ni alta inteligencia para discernir si conviene ó no traducir una idea en imágenes, admirará en este poema la elevacion con que ántes que ningun otro supo abrazar San Agustin con una mirada á la humanidad entera. Desde la edad más remota, en el orden maravilloso del mundo físico, descubrió el hombre un designio sublime de la Providencia, y entendió el lenguaje con que los cielos narran la gloria de Dios; pero ninguno, aún entre los filósofos más ilustres, habia llegado á ver hasta entónces oculto bajo la contingente variedad de los acontecimientos de que se compone la historia de la familia humana, un designio inmutable y necesario de la Providencia, que se cumple gradualmente á pesar de los obstáculos de la ignorancia y de las pasiones. Si los filósofos creian en general en la Providencia y en los premios y castigos que reserva para el bien y para el mal, tanto á los individuos como á las naciones, no pensaban que el hilo de los aconte-



tecimientos que se suceden en la tierra fuese á parar á la mano de Dios, estableciéndose así la unidad en tanta variedad.

Y en efecto, ¿cómo adivinarlo? Las naciones marchaban cada una por su camino, como enteramente distintas unas de otras: el capricho del hombre, la fuerza, las victorias y las derrotas, decidían de la fortuna de las naciones. Sólo el cristiano podía anunciar que todos los hombres son hermanos, que Cristo es el centro de la humanidad, y que la extensión de su reino es el fin á que están dirigidas las cosas humanas, áun en lo que parece oponerse á él. Las persecuciones habían ofrecido una prueba incontrastable, aunque dolorosa, de lo que decimos; y los Padres de la Iglesia proclamaron que la propagación del Evangelio era el fin á que dirigía la Providencia las cosas del mundo. Bajo este punto de vista observa San Agustín los acontecimientos, dando origen á lo que modernamente se ha llamado filosofía de la historia. Descendiendo de estas sublimes consideraciones á la práctica, aconseja á los miembros de la ciudad divina que se conserven sumisos y quietos mientras estén confundidos con los de la ciudad terrestre; que rueguen por éstos, y así gozarán la paz temporal, que es un bien comun á los buenos y á los malos.

Habiéndose propuesto en esta obra responder al paganismo político del Occidente, se extendió más de lo que había pensado, y en vez de una simple refutación, puede decirse que dió al mundo una exposición completa de la doctrina cristiana. Le indujo á tratar el primer asunto Paulo Orosio, español, el cual en su melancólica obra (1), procuró demostrar que desde el principio habían afligido sin tregua gravísimas desgracias al género humano; que la historia era una repetición continua del pecado de Adam, una serie de rebeliones contra Dios y de castigos consiguientes, de modo

(1) El extraño título de *Ornesta mundi*, creemos que proceda del error de un copista, que halló escrito *Pauli Or. mesta mundi*. Orosio fué á Palestina el año 415 con San Jerónimo, y después introdujo la discordia entre éste, Pelagio y Juan de Jerusalem en la famosa cuestión de los origenistas y en la de la gracia.

que no tenían nada de extraordinario los de entonces, aunque fuesen tan terribles; de donde dedujo, que la vida era un camino de expiación, por medio de la cual el hombre, al través de una dura preparación, se dirige á la verdadera felicidad, la cual también puede gustar en la tierra el que aprenda en la religión á sobrellevar como se debe los trabajos. Esta obra fué de las más conocidas en la Edad Media, y de las primeras que se imprimieron y tradujeron.

Cuando fué ocupada el Africa por los Vándalos ya no sólo los gentiles acusaban al cristianismo de los desastres del imperio, sino que los mismos cristianos se quejaban de no recoger más que desventuras de la virtud y los padecimientos; Salviano, *el elocuente sacerdote de Marsella*, escribió *Del gobierno de Dios*; y haciendo ver cuán falsamente se juzgaba muchas veces del bien y del mal, buscó en la historia la manifestación de la justicia divina, y demostró, que no había razón para lamentarse, pues que tan general era la corrupción dentro y fuera de la Iglesia. Después, con ricas descripciones y rasgos patéticos, estableció la comparación entre los bárbaros y los vencidos, y descubrió en los devastadores del imperio virtudes desconocidas ú olvidadas en éste, deduciendo que no era extraño que prevaleciesen. Así inició una doctrina predicada en nuestros días; á saber, que en la lucha de dos causas, prepondera siempre lo mejor; y demostró, que había comprendido lo que no comprendió ninguno de sus contemporáneos, que la caída del imperio daría origen á una nueva civilización, basada en el cristianismo (1).

¡Tanta vida, tanta armonía, tanto movimiento en la sociedad religiosa, mientras la sociedad política yacía inerte y desordenada! Entre los literatos gentiles hallamos frios gramáticos, retóricos charlatanes, cronistas ignorantes, poetas epitalámicos y de idilios, en fin, cuanto

(1) En el congreso de los sabios franceses en Marsella el otoño del año 1846, leemos una disertación sobre este Padre de la Iglesia, considerándole como testimonio de la decadencia del imperio, y de la manera con que miraban los cristianos esta renovación del mundo.



puede unirse con la servidumbre y la depresión moral: entre los cristianos vemos filósofos, políticos y oradores que agitan las cuestiones más elevadas. Y escribían lo mismo que obraban, es decir, los obispos, filósofos y políticos al mismo tiempo, dedicados á meditar y á obrar, á convencer y á gobernar. Por esto se resisten muchas veces sus escritos de la precipitación, pues estaban compuestos para determinadas ocasiones y para resolver las cuestiones á medida que se originaban, y que se agitaban con aquella libertad que falta enteramente en la cortesana literatura de los paganos; porque al presentarse una duda sobre un punto áun no bien aclarado, publicábanse discursos por todas partes, hasta que se pronunciaba la decisión y era proclamada dogma.

Atentos sólo á las cosas, cayeron en muchos defectos de forma, debidos en parte á su propia naturaleza, en parte á los estudios que estaban en decadencia ó al desprecio del arte. San Juan Crisóstomo cae algunas veces en una débil redundancia. Agustín y Ambrosio des-

cubren en sus antítesis los hábitos retóricos, énfasis en vez de calor, sutileza en vez de profundidad; en Cipriano observamos los ampulosos períodos meridionales; la deslabazada facilidad de Lactancio forma contraste con las duras metáforas y el estilo de hierro de Tertuliano. Pero, ¿con cuántas bellezas no compensan estos defectos? Atanasio, sagaz en la invención y fuerte en la exposición de argumentos; Basilio, que escribió con noble elegancia, enérgica precisión y puro aticismo; Gregorio, que une la sublimidad con la exactitud; Juan Crisóstomo, cuya riqueza de estilo no perjudica á lo patético; Cipriano, de magnánima vehemencia, no muy desemejante de la de Demóstenes; Jerónimo, lleno de fuerza, de imaginación, sostenida por una erudición variadísima; Ambrosio, ameno naturalmente, siempre noble y lleno de unción; Agustín, sublime y popular, que une lo mejor de todos y sabe usar de ello alternativamente en una carrera de tan diversas disputas!